

Ã%opica que nunca fue

domingo, 03 de agosto de 2008

Modificado el domingo, 17 de agosto de 2008

SecciÃ³n dedicada a la poesÃ-a escrita por guineses

Ã%OPICA QUE NUNCA FUEÃ%opica que nunca fue es un pequeÃ±o poemario de Javier EstÃ©vez que reÃ±e versos nacidos bajo la mÃ¡sica homÃ³nima de Win Mertens. AquÃ- se seleccionan y se presentan tres poemas escritos a la sombra del compositor belga que exponen y proyectan su pasiÃ³n por la naturaleza y sus elementos.

I Me basta con cerrar los ojos para que todo comience de nuevo. Entonces regreso decidido sobre la isla, y revivo bajo tu sombra aquellos dÃ-as gastados en basalto y mar, cuando a tu lado las araucarias me reconocÃ-an por tu condiciÃ³n de selva duplicada y los laureles y sus raÃ-ces arrebatadas se disputaban y se quebraban para que todo sucediera, y todo sucedÃ-a, y yo era feliz, y mis dedos hablaban sobre nocturnos que ascendÃ-an y descendÃ-an por pentagramas que entonces nadie conocÃ-a, que entonces nadie sospechaba, y yo me acercaba al mar, y el mar me acercaba sus ahogados, y yo los besaba, y sÃ³lo yo los reconocÃ-a y los regresaba, y extendÃ-a sus abrojos y sus escamas de barro olvidado sobre ciertos tejados, sobre inciertas azoteas porque esta ciudad antes de ciudad fue bosque porque esta ciudad antes de bosque fue mar. Me basta con cerrar los ojos para que la orilla rechazada que la lava sometÃ³ regrese con su olor a sal, a guijarros, a tan extensa pleamar que orille definitivamente aquel bosque suplantado, aquel cementerio de pÃ©talos, aquella primavera enloquecida donde gritaban palmeras de altas soledades, y copulaban dragos nupciales y ferruginos bajo los que nadie volverÃ¡ a llorar jams. II Yo no quiero morir, aunque se extinga la primavera desahuciada y el mar se desangre en cada playa a punto de extenuarse, solo, rodeado de silencios elocuentes que arrugan, por momentos, mi voz de poeta desnutrido. Yo nacÃ- para desangrarme en cada verso, no para llorar consumido en las esquinas. Me cansan las ausencias. Me agota la muerte puntual y repetida. Mi verbo no naciÃ³ para el lutosino para extender mi condiciÃ³n de enamorado de los bosques de verde esperma, con todos sus cÃ¡lices y sus frutos. Yo me aferro a la vida como ciertas raÃ-ces que horadan la tierra por su implacable sed de existencia. Necesito de los Ãrboles y su liturgia para anclarme definitivamente a esta tierra de ausencias. III Me diste tu sonrisa con su arena irremediable, con su ocÃ©ano abundante que aÃ³n no conoce ahogados. Me diste las sombras para que amara arrebatadamente los Ãrboles, Me diste tus libros con sus historias, sus frutos, sus silencios. Me diste la primavera, la isla con sus orillas pobladas de hombres, de hojas, de raÃ-ces inservibles. Me diste los caminos, las piedras incomprendidas, la lluvia recurrente que ya nadie sostiene. Me diste la flor definitiva, la sangre vegetal que me hermana con las selvas, la oscilaciÃ³n de las mareas, la quietud de ciertas noches de septiembre, los rÃos de mi alma, alma que la vida abrasa tras su paso incendiario. Me diste la fraternidad de los poetas entre los que me siento a llorar desconsolado. Me diste tu vida y luchÃ© cuerpo a cuerpo por entenderla. Pero me quedÃ© sin horizonte, solitario, casi indiferente. Yo sentÃ- que por tu muerte mi vida fue vencida. pero ahora sÃ© que, mientras tÃº morÃ-as, yo nacÃ-a para la poesÃ-a.